

L. T.

CUERPO BLANCO



BARCELONA | 2026

ULTRAMARINOS, 39

Dirección editorial: Unai Velasco

«Una vez que los marinos aprendieron a abandonar las costas y a navegar intrépidamente en alta mar, conscientes de que no se aproximaban a un mar tenebroso sino a una tierra muy parecida a la que habían dejado atrás, el océano se convirtió en un medio para unir los continentes más bien que para separarlos.»

CLIVE DAY, *Historia del comercio*

NOTA A LA EDICIÓN

En su anterior libro, *Cuaderno del alcalde* (2021), el autor incluía una suerte de pórtico donde una voz afirmaba:

Los dolores que puede soportar un ser vivo
son casi infinitos
y esto es la prueba de algo, pero

Esa potencia del dolor tendría un sentido, una referencia dentro de un orden de cosas.

Tres años después, este *Cuerpo blanco* —lector, permíteme ahora que te adelante unas páginas— comienza con una cita de las *Investigaciones filosóficas* de Wittgenstein, la número 666. En ella se nos invita a imaginar que estamos en casa —¿se nos ordena?—, sintiendo dolor, mientras un vecino se dedica a afinar su piano. Como en su anterior poemario, la experiencia del dolor es una proposición de partida, la consideración de un estado físico cuya investigación debe aportarnos alguna relación de cosas, sentido, la prueba de algo.

El siguiente paso, con el cual se supone hemos de avanzar sobre seguro, *El cuaderno del alcalde* nos lo hace dar en la bruma:

todo se confunde entre la penumbra
del interior y la perseverante
claridad del exterior

Mediante la cita de Wittgenstein, el autor nos conduce aquí también por la falta de certeza. Se nos anima a la introspección, pero esta ocurre otra vez en un punto ciego, el de la afinación musical de un piano que no vemos: ante la promesa de una futura armonía exterior del instrumento, tal vez apaciguadora, el presente es el tormento de una ejecución disonante: golpes dispuestos casi al azar,

tensión de cuerdas y clavijas, notas que caen sobre nuestro sistema nervioso como un obús. Ese es el lugar donde ocurre la poesía de L.T., en esa tesitura del cuerpo y el espíritu el autor nos da la mano, *mon semblable*, y nos invita a entrar y compartir el sufrimiento.

Mientras que en *Cuaderno del alcalde* la confusión del espacio se manifestaba de forma explícita, en esa «Francia atlántica» vaporosa, delicada y gélida, encerrada en sí misma como una bola de cristal navideña, casi maravillosa, en *Cuerpo blanco* los sucesos ocurren discretamente en un hotel de tres plantas, recogidos en el transcurso de una noche, con la rebaba que deja en forma de día. Esta vez la confusión del espacio no es literal, es simbólica, está tematizada mediante el motivo del hotel encantado.

El drama es mínimo: aunque asoman algunos de los elementos que conforman el lugar común (el juego de luces, la orfandad del ruido, las contadas apariciones) todo se reduce al relato inconsistente que un personaje le cuenta a otro durante su estancia. Igual que ocurre en la película de terror *The Inkeepers* (2011), de Ti West, los personajes se disponen en torno al miedo y la acción desde lo trivial, desde el *small talking*, movidos por el aburrimiento del recepcionista.

El relato de los sucesos se alarga, se detiene, vuelve sobre sí mismo, se desdobla y se solapa. ¿Qué ocurre en verdad? ¿Quién habla y por qué? ¿Quién anda ahí, en las sombras del tercer piso? Acude a la mente la pregunta de Paul Valéry con la que comienza *La joven parca*: «Qui pleure là?» (‘¿Quién llora ahí?’), donde interroga y se interroga sobre la tristeza. ¿Si no es el viento, acaso es un fantasma?

Es tentador hablar de voz de pesadilla para explicar la suspensión de la lógica de los acontecimientos (la descoyuntura de la narración, del tiempo y de los personajes) y emparentar a L.T. con lo onírico y lo siniestro. El autor nos encamina con su cita de Wittgenstein, que además de ponernos sobre la pista del demonio y la ironía, niega una posible simbología onírica y establece que el terreno en el que está construido el hotel es el de la investigación propia de la filosofía del lenguaje, de la relación entre la realidad y los signos, el sentido.

A esta luz desconocemos quién padece realmente en *Cuerpo blanco*. Desconocemos los motivos del sufrimiento. Pero no porque el sueño le ponga caretas al drama, sino porque el sufrimiento no obedece a nada (hace obedecer, atormenta). El sufrimiento no tiene referente, es puro, autoinflingido, como las frases de la ficción, que al decirse fabrican su propio antecedente fantasma. Es esa falta de relación con el exterior lo que otorga intensidad a este libro y su sensación de incertidumbre. De nada nos sirve perseguir las voces, porque no nos van a revelar nada. El truco es que no hay trato. Las preposiciones, fuera de lugar, las proposiciones, a veces torpes, exponen la fisicidad de un lenguaje puesto ahí, que no nos permite circular de forma clara hasta el sentido.

Igual que ocurría en *Cuaderno del alcalde*, donde la lectura terminaba con una alusión bíblica (el «Dios sobre nosotros» de Isaías) que ascendía por encima de la cabeza seccionada del alcalde y la del verdugo, en «De la muerte al amor» (así se titula la sección final de este libro) se produce también un movimiento de ascensión hacia los cuerpos celestes, que pone fin al calvario por mediación de la gracia, un amor de naturaleza divina que ignora también las referencias morales lógicas.

Unai Velasco

CUERPO BLANCO

Imagínate que sientes dolor y que al mismo tiempo oyes que en casa del vecino están afinando un piano. Dices «Pronto terminará». ¡Hay sin duda una diferencia entre referirse al dolor o bien a la afinación del piano! — Claro; ¿pero en qué consiste esta diferencia? Lo admito: en muchos casos, a un u otro referirse corresponderá una dirección de la atención, a veces también una mirada, un gesto, o un cerrar los ojos, que es lo que se podría llamar «mirarse hacia dentro».

LUDWIG WITTGENSTEIN

§ 666

DE NOCHE

la misma jornada en que alcanzó la alcaldía
fue a pasar la noche en el hotel

hay una persona con él
«yo es que no soporto mi oficio...» «dónde le chupo»
«te digo ahora que termine el yogur,
ten, en recepción no me han dado la habitación 67»

luego esa otra persona entra al water
tira de la cadena
y deja escapar el aliento

antes de que vuelva a la cama
ve una nota pasar por la ranura
de la puerta de la habitación
abre la puerta al pasillo oscuro de 1997 sin sensores de movimiento
y ve una completa oscuridad bajo el dintel
cierra con gran melancolía, se gira
y se retira a mirar por la ventana
el volcán que da nombre a su ciudad

«Te voy a contar una historia de miedo en hoteles
ahora que sales del water:
alguien joven que viaja hacia el este (podrías ser tú)
llega a un hotel y pide una habitación,
le ofrecen la 57 y le prohíben la 67, la última planta,
porque la planta está cegada
no está permitido subir, está prohibida, el ascensor no llega
y le advierten en recepción que por favor no se acerque
a esa planta ni a esa habitación...

por la noche se asoma al pasillo
sube las escaleras a oscuras hacia la planta superior
hasta la puerta 67
y se arrodilla (ahora sí que pareces tú)
para mirar por el ojo de la cerradura:
se ve la habitación a través de la cerradura
la ves más o menos
la luz medio encendida
y parece que hay alguien
en el centro
la piel rosácea
en una silla
con el pelo muy sucio

cuando empiezas a oír tu propia respiración
razonas que se te puede oír
llevas mucho tiempo mirando
¿te habías olvidado de que también estás ahí
o cómo es eso? intenta calmarte

pero aquella persona de la silla ya se ha levantado
te caes hacia atrás, gateas mal hasta la salida que da a la escalera,
entonces te detienes a escuchar:
nadie ha abierto la puerta,
el pasillo sigue con la luz apagada y con los pulmones vacíos dices
... *excuse me?*

la historia original sigue así:
vuelves para mirar otra vez por la cerradura
pero ya no encuentras la silla
ni la habitación

porque ahora está tapada la cerradura, está cubierta
tiene algo detrás
algo oscilante
parece que de color rojizo
y luego completamente
encarnado

cuando mueves un poco el ojo para atinar bien
y buscar un hueco

nada

está tapada.

Vuelves a tu habitación y te duermes
(no te preocupes que esto no va a pasar)
Antes de marchar
por la mañana
lo confiesas en recepción
para calmarte
o porque en recepción te vieron por las cámaras
y te preguntan
te reclaman
con modales pero te reclaman
y entonces tú pides perdón, te excusas
pero también inquieres:
quién vive ahí
si esa habitación estaba vacía
desocupada supuestamente

esa habitación, dice la recepcionista, está vacía

insistes

insistes mucho

dices que había alguien en esa planta
que te asomaste a la cerradura
y lo viste
que estaba oscuro
pero lo viste

es algo muy conocido...
nadie quería dormir en esa planta
y entonces se cerró la planta entera...
dice

¿te imaginas por dónde va el asunto ya o no?

la violencia fue máxima...
el celador dijo que la cara daba más miedo que pena mirarla
el detalle del ojo sobre todo
en esa persona
era algo muy irreal

¿comprendes?

si no lo comprendes vuelve atrás
a la cerradura
cómo se ve por dentro
por el otro lado

de todas formas
no parece muy formal
que la recepcionista te vaya a contar todo esto

nada de esto es verdad

así que escúchame a mí
cómo las cosas suceden realmente
y atiende

antes una pausa